

EL TRAUMA DEL NACIMIENTO EN LA POESIA DOMINICANA.

Por Héctor Incháustegui Cabral

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA CONSIDERA que el proceso de *independencia moral* en Santo Domingo se inicia en el 1821 y se extiende hasta 1873, fecha que desde el punto de vista histórico parecía muy poco elocuente hasta que él le asigna la importancia que ya hemos comenzado a reconocerle.

Para algunos historiadores el esfuerzo del 1821 no es más que una lamentable equivocación, el fruto de una imprudencia temeraria y por la forma en que se le prepara sencillamente *un error de geografía política*.

Los más exigentes consideran que la proclamación de la independencia en ese año y en las circunstancias en que se hace constituye una prueba de la incapacidad de Núñez de Cáceres a quien acusan de insensibilidad política porque no pudo medir las fuerzas con que contaba para la aventura ni pesar cuanto era adverso a una acción que por prematura estaba expuesta al fracaso.

Para otros el 1844 —la fecha popular y oficial— lo es todo, olvidando, aseguran los de la tesis contraria, que en el 1861 la realidad se encarga de sacarles del error.

Del seno de la sociedad dominicana no han desaparecido todavía la angustia, la inseguridad y la desconfianza que alientan el anhelo de volver al seno de la madre en donde una vez estuvo sin temor, al abrigo de cuanto de ingrato, doloroso y triste acarrea la vida libre nada más que por ser vida.

Aquella angustia y aquella inseguridad, la desconfianza y el

ansia, que puede parecer instintiva, de retornar a un pasado más libre de amenazas y algo despejado de peligros, es posible que sean evidencias de las secretas fuerzas que operan en la sombra para que tenga un éxito relativo el movimiento que echa de nuevo al país en los brazos de España.

La guerra de la Separación, porque la luna de miel fue muy corta, o de la Restauración, pues se le llama de las dos maneras, es una verdadera guerra si se la compara con las luchas del 44 al 59: por la magnitud de las fuerzas que se enfrentan, por las bajas que se registran de uno y otro lado, por el tiempo que dura, por el campo que abarca.

Nacimos, pues, tres veces a la independencia: en 1821, en 1844 y en 1873, y aún es necesario esperar a que pasen catorce años más para arribar a los días en que la conciencia de la nacionalidad, la base de la independencia, se complete, y cuando se completa vendrán nuevos eclipses que no son menos eclipses por ser parciales o porque nosotros, empleando un mecanismo de defensa muy humano, hemos calificado de pasajeros, de imperfectos, aunque haya sido menester Dios y ayuda para alcanzar tan optimista conclusión, y de paso convencernos a nosotros mismos.

Pero en ese lapso, del 1821 al 1873, poco más de medio siglo, debajo de ese arco ideal que trazamos de fecha a fecha, ¿qué hacen? ¿qué cantan los poetas? , y después ¿qué cantan, cuando lo hacen en grande? Al principio se limitan a cantar glorias que todavía no son suyas, a celebrar victorias que los historiadores de hoy desde la suave penumbra del gabinete juzgan como el resultado bueno de errados propósitos, y hay que repetir el nombre de Núñez de Cáceres, otra vez, para poner el ejemplo más insigne: el canto *A los vencedores de Palo Hincado*, batalla en que destrozamos con el auxilio de Puerto Rico la cadena del dominio francés para colocar nuevamente en nuestros tobillos hinchados el amado grillete español.

*Rogaréla se quite
la corona marcial de su cabeza,
y entretejida de olorosas flores
venga, y la deposite
por premio del valor y fortaleza
en la de estos heroicos vencedores,
que de extranjero yugo redimieron
la patria, y dulce libertad le dieron.*

Para Núñez de Cáceres el yugo extranjero es el yugo no español. Volver a España es *redimir la patria*, darle *dulce libertad*.

Todavía en 1844, en el año de la independencia que Henríquez Ureña estima como el punto más alto de la curva de que hablé, Félix María del Monte, considerado el verdadero padre de nuestra poesía, en el estribillo de la *Canción dominicana*, nada menos que nuestro primer himno, dice:

*¡Al arma, españoles!
¡Volad a la lid!
¡Tomad por divisa
"Vencer o morir"!*

El espectáculo de la libertad levantando banderas nuevas por toda la América no fue indiferente al poeta que ya siente, cuando se ausenta de su suelo, esa nostalgia que vamos a encontrar en hermosos versos de grandes poetas antillanos que comienzan a alejarse de una tradición que seguía uniéndonos.

El 7 de diciembre del 1855, en Saint Thomas, el mismo Del Monte y Nicolás Ureña de Mendoza escriben *El banilejo y la jibarita* el primero y *Un guajiro predilecto*, el segundo.

Del Monte dice:

*Si por mí tu corazón
siente de amor la saeta,
dejarás, bella Enriqueta,
el pueblo de Bayamón,
y concluida la expulsión
irás conmigo a Sombrero.*

*¡Aquello sí es hechicero!
Libres pacen los ganados
no, como aquí, maniatados
o bramando en el potrero.*

Ureña de Mendoza utiliza otro recurso. La tristeza no es la del proscrito, del que no puede estar en su patria. Va más lejos. Se puede sentir apego a un lugar hasta el punto de no desear abandonarlo, más aún, abandonarlo es morir, y no morir metafóricamente:

*Más yo no dejo el Ozama
por las campiñas de Higüey*

Narra el poeta la historia de un anciano que ha criado junto a él a una nieta que halla pretendiente que reside lejos del lugar en donde moran y que describe así:

*Esta choza mis mayores
con afanes construyeron;
aquí mis padres vivieron;
aquí tuve mis amores.
Yo mismo sembré las flores
que adornan este lugar.
Mis días quiero terminar
en este risueño asilo.*

El poema termina de esta manera:

*Ella dejó en su ribera
más de una ilusión querida,
y mientras de amor rendida
cabalgaba por el llano,
acá en la choza de guano
se halló al anciano sin vida.*

A la poesía llega la tristeza, que es uno de sus sentimientos preferidos, por dos rutas, y con la tristeza, los materiales cuya elaboración hará posible, primero, un tono en que el parentesco de los pueblos del Caribe se hace gracia inconfundible y, luego, las líneas de un perfil, inconfundible también, que sin mucho artificio sirven para expresar cómo son, qué aman, con qué sueñan.

Para que la poesía empiece a ser nacional americana, para que invente su mundo y luche y padezca por él, tiene que echarse en brazos de las lágrimas, del dolor de saberse como al principio, cuando llegaron los Conquistadores, extraña en un universo que es suyo, hasta que la Independencia inicia ferozmente la desmembración de un Imperio político y económico al cual, después de casi dos siglos, estamos volviendo por la vía del espíritu, unidos por el milagro permanente de la Lengua.

Nada acerca tanto como el dolor —la tristeza no es más que

dolor con sordina— y entonces nuestros dolores eran también comunes y comunes tantas palabras que hoy no sabemos bien si nacieron y crecieron en Puerto Rico, en Cuba o en Santo Domingo, o en la orilla continental de un mar que todavía espera mayores empresas de amistad, que lo surquen naves repletas no sólo de lo que se come, se viste y se usa sino también de productos del espíritu para que dejen de vivir tan cerca y tan lejos aquellos que trabajan para satisfacer necesidades inmediatas e inaplazables y los que luchan por satisfacer anhelos colocados un poco más arriba de donde perfuman los frutos de la tierra o brillan, casi perfectos, los productos del ingenio del hombre.

Entonces al descubrirnos volvimos a descubrir que no estábamos solos. Aquella nostalgia por el pedacito de tierra y por la desaparecida inocencia que podía tocarse con las manos, se convierten en nostalgia mayor y nos sentíamos hermanos de los hermanos que no conocíamos, hijos de los padres que ignorábamos. Y nacen los grandes sueños que desde entonces no hemos dejado de soñar y que están fuera del alcance del desaliento y al amparo de toda desesperanza, porque se tiene fe en el hombre y los cambios que podrían parecer permanentes a la mañana siguiente no dejan rastro. La esencia del hombre es inmutable

Y porque es inmutable es posible seguir su paso vacilante por entre las zarzas, por encima de las arenas del desierto, por donde el bosque le despeja una senda que acaba en el arroyo que le ofrece agua para calmar una sed que jamás se apaga.

El poeta va a saltar de la tierra que pisa a las estrellas que han intentado guiarle inútilmente. De los grandes dolores humanos, pero todavía del individuo, a los dolores de la especie, a los que nacen de su naturaleza de ser acorralado entre el nacimiento y la muerte, de bestia con privilegios acosada por preguntas que recorren el tiempo del uno al otro extremo sin hallar ni una respuesta definitiva.

De su dolor de hambre y de frío, de su intento, frustrado una y otra vez, de quedarse para siempre en la sangre del hijo o en la piedra labrada o en la palabra ardida de belleza; de este dolor que es suma de dolores va a partir hacia las sombras eternas donde gimen encadenados los que antes que él, generaciones y generaciones, cayeron pensando y llorando.

Un afán ciego de volver al principio, de regresar al punto de

partida, de desandar lo andado, que para todos los hombres es idéntico porque es herencia no de razas ni de pueblos sino legado de la especie misma, aparece en nuestra poesía, crecida, en los días de hoy, ofreciendo al investigador una posibilidad más para hallar otros cabos que deben ser atados para que nos sepamos cada vez más hijos de una misma carne y de un mismo espíritu, ruinas a medio reconstruir de una hermandad que una noche se perdió entre las tinieblas y que todos los hombres en algún momento hemos descubierto o medio descubierto en los días plenos de la infancia, cuando aspiramos a cambiar el mundo, cuando el sueño y el ensueño nos atrapan en sus lazos; que hemos descubierto o medio descubierto después de quitarles cuanto le han echado encima todas las formas de la incomprensión; los intereses detrás de sus millares de máscaras, lo artificial debajo de sus engañosas telas multicolores.

No estoy señalando el punto en que la poesía antillana descubre al negro, su pena y su alegría, las palabras que defiende del idioma en que está inmerso, su sentido del ritmo y sus pobres dioses amenazados, ni el momento, tampoco, en que los humillados y ofendidos saben que a su lado está el poeta, no; hablo de algo que se halla más lejos, cuando el negro no era negro todavía ni blanco el blanco, cuando Caín llevaba limpias las manos, cuando el hombre estrenaba su condición bajo un sol que era nuevo en el cielo, cuando el mal y el bien aguardaban en la entraña del futuro.

Bajo ese sol nuevo, sobre esa tierra nueva y entre los viejos monstruos que la pueblan van todos los que sueñan, todos los que se apartan de la roma realidad y toman el camino de la protesta o el camino de la soledad, y luego tienen que rendir cuentas a los padres o al juez o a sí mismos o recurrir al médico en pos de remedios para su alma trastornada o sonreír o temblar entre las sábanas empapadas de sudor nocturno para luego hundirse en la rutina de los días con la frente surcada por una arruga profunda.

Su aventura bajo las estrellas quedará en los mitos, en las grandes construcciones literarias, en los cuentos de hadas, en lo que se dicen entre sí los niños cuando los grandes no los oyen, o en las historias clínicas encabezadas por unas cuantas iniciales frías que el hombre de ciencia reunirá un día para hablarnos luego de los abismos y de los paraísos que se esconden detrás de la piel de la frente, fríamente, solemnemente; pero más allá de sus palabras pausadas, medidas, de sus afirmaciones prudentes, podremos vislumbrar que aunque son historias vulgares de todos no son menos espantables, que

esas situaciones pese a que son comunes y cotidianas constituyen tierras incógnitas que por incógnitas merecen el riesgo de una aventura, que tienen el encanto de lo que está prohibido y que, como la Medusa, pueden matar con solo verlas.

En nuestra gran poesía actual hemos hallado las huellas de esas aventuras en que el protagonista va enajenado, las señales del paso del poeta por mundos que no dicen su nombre; las pruebas del impulso que mueve al hombre, a todos los hombres de todas las épocas, condición y raza, hacia algo que es una meta común, llevado por un ansia universal que aunque es aspiración oscura no por ello es menos poderosa. Algo así como un loco deseo de arrancarse de los hombros el manto de lo cotidiano para volver sumisos a las tierras donde no hay frío ni peligros, ni hambre ni sed, ni ayer ni mañana; donde el tiempo no existe, donde no se ha inventado todavía la necesidad, condiciones que se reúnen en un símbolo supremo: el seno de la madre.

Con el nacimiento se produce una angustia primordial y de esa angustia partirán luego todas las angustias, las de hoy y las de mañana, las que hacen del hombre un ser en perpétua búsqueda, un ser disconforme que ansía, un ser que ve sus estigmas, pero que se sabe siempre señalado, ya apaciente cuatro ovejas escuálidas o sienta sobre la frente el peso dorado de una corona.

De la angustia primigenia, del dolor fundamental, parten dos ramas: una da el fruto de la insatisfacción, de la insatisfacción del hombre como ser social que ha descubierto la injusticia, y la otra ofrece una flor que jamás cuaja, que tiene las savias negras de lo ignorado.

Si sólo hablamos de poesía, en una rama crecerá la poesía civil, la poesía patriótica y la poesía social, toda poesía que es parte de la hermosa batalla que viene dando el hombre por establecer sobre la tierra el reino del amor, de la satisfacción y la justicia, y en la otra rama, toda aquella poesía donde está claro o se presiente que se ha restablecido la rota comunicación entre el antiguo mundo hundido de donde partió hace mucho el hombre como tal y el mundo de hoy lleno como entonces de fábulas, pero diferentes; de mitos, pero ocultos tras otros nombres y otras apariencias. Fábulas y mitos comunes a la humanidad y que ni los hielos ni los mares ni las montañas ni los desiertos, ni el hombre que es el destructor por excelencia, han podido arrancar del fondo de su alma, de un alma

que tan pronto como rompe las cadenas y sueña o se trastorna o se inspira toma el rumbo que le lleva a una raíz que es de todos, de todas las generaciones y de todos los pueblos.

El hombre en cuanto sujeto de necesidades, de un lado, y el hombre en cuanto esencia metafísica del otro, para expresarlo en breves palabras, aunque no resulte fácil dar un corte tajante a una unidad que se resiste a dejar de serlo.

Cuando digo esencia metafísica no quiero señalar al hombre sólo como hijo de Dios, ni referirme a sistemas de creencias.

A Otto Rank se deben las ideas acerca del *trauma del nacimiento*. Es cierto que Freud había elaborado antes que él la misma teoría, pero no le dio valor y rechazó, además, las deducciones a que más tarde arribó su discípulo.

“El nacimiento según él —para utilizar la síntesis que hace Ricardo G. Mandolini Guardo— no sólo significaba un verdadero trauma para el ser, sino que reproduce en el mismo el primer estado de angustia, modelo de toda angustia posterior, una angustia a la que se han de remitir todas las angustias futuras. En otras palabras, el nacimiento ocasionaría una angustia *en reserva* que se moviliza cada vez que una situación reproduce, en cierto modo, la situación del nacimiento”.

A sus teorías mucho debe el intento que hice de relacionar entre sí un tema, que resultó recurrente, de la obra de un grupo de jóvenes poetas dominicanos que había venido estudiando con otros propósitos, muy alejados por cierto de una ciencia, el Psicoanálisis, que sólo me ha interesado por lo que significa como empeño para aclarar cuanto de oscuro y complejo alienta todavía en el fondo de la mente humana.

Para que la obra de arte pueda colocarse en lo universal tiene dos alternativas, entre muchas más: por vía de lo local que al ser hondamente humano se convierte en la patria de todos —el Quijote, los personajes terribles de Dostoyevsky y así en bloque las figuras augustas de la tragedia griega— o por la vía que lleva a este mundo entre pesadilla y sueño en que se mueven los héroes mitológicos, los creadores de religiones y en general todos aquellos que han llevado a la humanidad por caminos nuevos.

esas situaciones pese a que son comunes y cotidianas constituyen tierras incógnitas que por incógnitas merecen el riesgo de una aventura, que tienen el encanto de lo que está prohibido y que, como la Medusa, pueden matar con solo verlas.

En nuestra gran poesía actual hemos hallado las huellas de esas aventuras en que el protagonista va enajenado, las señales del paso del poeta por mundos que no dicen su nombre; las pruebas del impulso que mueve al hombre, a todos los hombres de todas las épocas, condición y raza, hacia algo que es una meta común, llevado por un ansia universal que aunque es aspiración oscura no por ello es menos poderosa. Algo así como un loco deseo de arrancarse de los hombros el manto de lo cotidiano para volver sumisos a las tierras donde no hay frío ni peligros, ni hambre ni sed, ni ayer ni mañana; donde el tiempo no existe, donde no se ha inventado todavía la necesidad, condiciones que se reúnen en un símbolo supremo: el seno de la madre.

Con el nacimiento se produce una angustia primordial y de esa angustia partirán luego todas las angustias, las de hoy y las de mañana, las que hacen del hombre un ser en perpétua búsqueda, un ser disconforme que ansía, un ser que ve sus estigmas, pero que se sabe siempre señalado, ya apaciente cuatro ovejas escuálidas o sienta sobre la frente el peso dorado de una corona.

De la angustia primigenia, del dolor fundamental, parten dos ramas: una da el fruto de la insatisfacción, de la insatisfacción del hombre como ser social que ha descubierto la injusticia, y la otra ofrece una flor que jamás cuaja, que tiene las savias negras de lo ignorado.

Si sólo hablamos de poesía, en una rama crecerá la poesía civil, la poesía patriótica y la poesía social, toda poesía que es parte de la hermosa batalla que viene dando el hombre por establecer sobre la tierra el reino del amor, de la satisfacción y la justicia, y en la otra rama, toda aquella poesía donde está claro o se presiente que se ha restablecido la rota comunicación entre el antiguo mundo hundido de donde partió hace mucho el hombre como tal y el mundo de hoy lleno como entonces de fábulas, pero diferentes; de mitos, pero ocultos tras otros nombres y otras apariencias. Fábulas y mitos comunes a la humanidad y que ni los hielos ni los mares ni las montañas ni los desiertos, ni el hombre que es el destructor por excelencia, han podido arrancar del fondo de su alma, de un alma

que tan pronto como rompe las cadenas y sueña o se trastorna o se inspira toma el rumbo que le lleva a una raíz que es de todos, de todas las generaciones y de todos los pueblos.

El hombre en cuanto sujeto de necesidades, de un lado, y el hombre en cuanto esencia metafísica del otro, para expresarlo en breves palabras, aunque no resulte fácil dar un corte tajante a una unidad que se resiste a dejar de serlo.

Cuando digo esencia metafísica no quiero señalar al hombre sólo como hijo de Dios, ni referirme a sistemas de creencias.

A Otto Rank se deben las ideas acerca del *trauma del nacimiento*. Es cierto que Freud había elaborado antes que él la misma teoría, pero no le dio valor y rechazó, además, las deducciones a que más tarde arribó su discípulo.

“El nacimiento según él —para utilizar la síntesis que hace Ricardo G. Mandolini Guardo— no sólo significaba un verdadero trauma para el ser, sino que reproduce en el mismo el primer estado de angustia, modelo de toda angustia posterior, una angustia a la que se han de remitir todas las angustias futuras. En otras palabras, el nacimiento ocasionaría una angustia *en reserva* que se moviliza cada vez que una situación reproduce, en cierto modo, la situación del nacimiento”.

A sus teorías mucho debe el intento que hice de relacionar entre sí un tema, que resultó recurrente, de la obra de un grupo de jóvenes poetas dominicanos que había venido estudiando con otros propósitos, muy alejados por cierto de una ciencia, el Psicoanálisis, que sólo me ha interesado por lo que significa como empeño para aclarar cuanto de oscuro y complejo alienta todavía en el fondo de la mente humana.

Para que la obra de arte pueda colocarse en lo universal tiene dos alternativas, entre muchas más: por vía de lo local que al ser hondamente humano se convierte en la patria de todos —el Quijote, los personajes terribles de Dostoyevsky y así en bloque las figuras augustas de la tragedia griega— o por la vía que lleva a este mundo entre pesadilla y sueño en que se mueven los héroes mitológicos, los creadores de religiones y en general todos aquellos que han llevado a la humanidad por caminos nuevos.

La poesía abandona en cierto modo el traje que lo distingue de sus iguales y ya desnuda se vincula al misterio que nunca ha dejado de rodearnos y tentarnos.

Comprobé el vínculo y luego, buscando más, partiendo siempre del trauma del nacimiento, en el poema *Yelidá* de Tomás Hernández Franco, hallé algo que a mi juicio vino a demostrar otra vez *la ubicuidad en la tradición mitológica y literaria, de ciertos temas conocidos por la fantasía del individuo o relacionados con ella* para repetir palabras de Ernest Kris, pero quedándonos sólo con lo que por el momento en cierto modo nos compete.

Coloqué encima del poema de Hernández Franco, si puede decirse así, un esquema de los capítulos y las subdivisiones que establece Joseph Campbell en *El héroe de las mil caras* de lo que él llama *una aventura compuesta de las historias de los portadores simbólicos y mundiales del destino de los hombres* y la correspondencia me asombró.

“Esto nos ayudará a entender —dice Campbell unas líneas antes de describir *la aventura*— no sólo el significado de las imágenes vigentes en la vida contemporánea, sino la unicidad del espíritu humano en sus aspiraciones, poderes, vicisitudes y sabiduría”.

Pero comencemos por el final.

Yelidá se publicó en San Salvador en el 1942. Hernández Franco era parte entonces de la misión diplomática dominicana acreditada allí.

La obra de Campbell aparece en inglés en el 1949 y la primera edición en español en el 1959, como parte de la Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis del Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, que dirige Erich Fromm.

El arte y el Artista, de Otto Rank, no aparece en inglés hasta el 1943.

No hay edición inglesa de *El mito del nacimiento del Héroe*, también de Rank, hasta 1910. Figura entre las Monografías de Enfermedades Nerviosas y Mentales publicación que luce muy especializada. La edición española que conozco es de la Editorial Paidós, de Buenos Aires, del 1961, marcada con el número 11 de la

Biblioteca de Psicología Profunda que cuenta con la supervisión de Enrique Butelman.

El trauma del nacimiento se publicó en alemán en 1923 y es lo que da lugar a la ruptura entre Freud y Rank. No se traduce el español hasta ese mismo año de 1961. Aparece en el número 15 de la mencionada Biblioteca de Psicología Profunda.

Hernández Franco pudo manejar, aunque lo ignoro, las traducciones al francés, idioma que conocía muy bien, de las obras de Rank.

Pero no es ni siquiera presumible que el poeta utilizara las teorías de Rank, tan discutidas además, para realizar un estudio de las dimensiones de *El héroe de las mil caras* que es lo que hace posible el esquema de Campbell.

Lo mismo debe pensarse en cuanto a *El mito del nacimiento del Héroe* de Rank obra en que se dan a conocer y comparan quince mitos que le sirven luego para *una interpretación psicológica en gran escala* que naturalmente no parece ser el punto de partida del poema, o por lo menos la razón de su estructura.

Cuando leía, todavía inédito, el poema de Manuel Rueda *La criatura terrestre* se despertó mi curiosidad. Había encontrado en él la angustia primordial de que habla Rank. Podía ser una simple casualidad o un tema tocado nada más que de pasada, pese a la fuerza con que describe no sólo la horrible soledad que lo amenaza sino la forma en que relaciona nacimiento y angustia.

Indagué en la obra de otros poetas, unos más jóvenes que Rueda y otros algo menos, todos si no de la misma generación del mismo círculo: Máximo 'Avilés Blonda, Franklin Mieses Burgos y Lupo Hernández Rueda, y de nuevo apareció el tema. Investigaciones posteriores han venido a confirmar que en la poesía de otros importantes poetas nuestros el "*trauma del nacimiento*" está presente.

Los estudios los reuní y componen la primera parte de un libro, "*De Literatura dominicana Siglo XX*", que publicó la Universidad Católica Madre y Maestra de Santiago en el 1968 en su Colección Estudios.